

*A mi distinguido colega, Dr. Juan
los Valdizán
afectuosamente B. III 1260*

Piedra 319
Primera Conferencia Panamericana
de la Cruz Roja



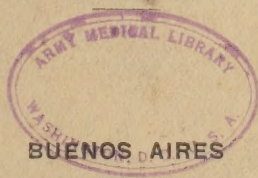
Misión de la Cruz Roja
en el Hogar y en la Escuela

Por el

Dr. César Sánchez Aizcorbe

Delegado de la Cruz Roja Peruana

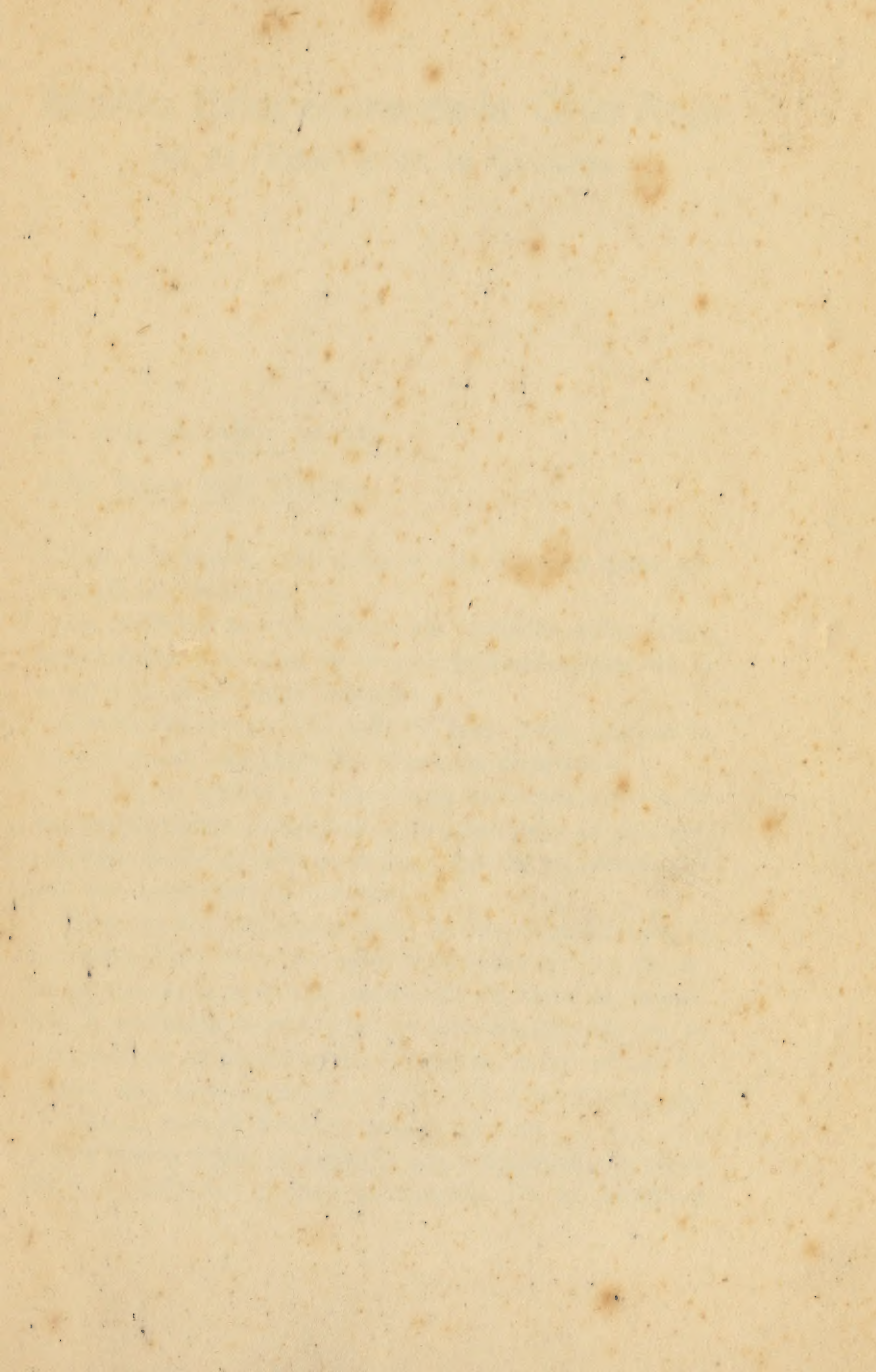
R. Piedras 387

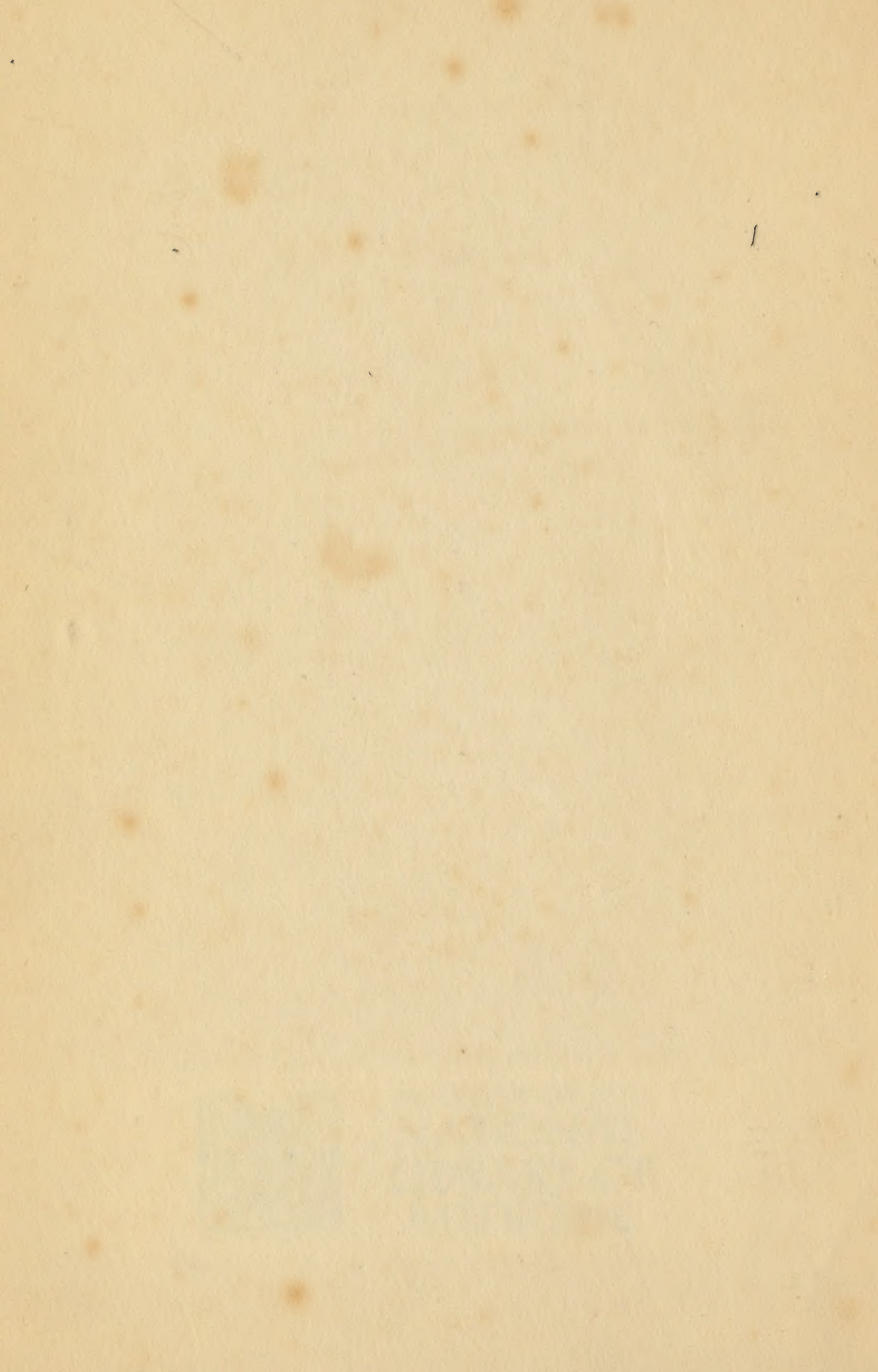


1923



PROPERTY OF THE
**NATIONAL
LIBRARY OF
MEDICINE**





PE 1 AUG '49

Misión Educadora de la Cruz Roja en el Hogar y en la Escuela

I

La organización social debe tener base biológica.

Hay una misión más noble y más útil que curar enfermedades: evitarlas.

La medicina preventiva, en sus variadas aplicaciones individuales y sociales, es la ciencia fundamental de la salud y de la felicidad humanas.

Desgraciadamente, son todavía muy pocos quienes lo reconocen así, aún entre los elementos dirigentes.

Es que, en general, los sociólogos modernos carecen de los conocimientos biológicos necesarios para la solución acertada de los problemas sociales, que, en su esencia, no son sino problemas de biología.

Tanto en los individuos como en las colectividades el concepto salud tiene un valor trascendental, que de ordinario no se le reconoce, puesto que sin salud es imposible la evolución normal del hombre considerado en la plenitud de su significación biológica: como un ser orgánico que siente, piensa y quiere; que es planta, que es animal, pero es también imagen de Dios.

Del mismo modo, el concepto que vulgarmente se tiene de la enfermedad es muy restringido. En su amplia y

WA
530
S211m
1923

— 2 —

verdadera acepción enfermedad es toda desarmonía fisiológica, ya sea de carácter físico, intelectual o moral, que afecta al individuo o a la sociedad.

También es equivocado creer que la salud y la enfermedad son dos estados independientes y contradictorios. El hombre enfermo está sometido y obedece a las mismas leyes vitales que el hombre sano. La única diferencia, diferencia de grado simplemente, es que en el estado de salud existe equilibrio funcional y que en el estado de enfermedad dicho equilibrio está perturbado. Pero las causas determinantes del equilibrio y del desequilibrio fisiológico no varían en su esencia. Internas unas y externas otras, modifican incesantemente su acción y sus relaciones para originar los múltiples y cambiantes fenómenos vegetativos, psíquicos y volitivos.

La Higiene, la Medicina y la Sociología son ciencias hermanas, que se unifican en su sujeto, en sus medios y en sus fines. La misión principal del higienista, del médico y del sociólogo debe consistir en el estudio armónico y en la aplicación científica de todos los factores que contribuyan a mantener o a restablecer el equilibrio vital.

Preciso es confesar, sin embargo, que en la práctica no se cumple esta unificación de criterios, pues las cuestiones sociales, especialmente las más graves de todas, las referentes a la educación, que constituyen por sí solas las mejores bases para asegurar la salud y el progreso humanos, son resueltas casi siempre sin otorgar a los médicos la intervención asesora y hasta directiva que por la índole y la disciplina de su cultura científica les corresponde.

No es posible, pues, tratar con acierto los problemas de la salud privada y pública disociando sus factores,

sino en forma solidaria, de acuerdo y respetando la solidaridad ejemplarizadora que guardan todos los fenómenos de la vida. Ya es tiempo de no dejar confiada su solución al criterio exclusivo, unilateral, y, por lo mismo, equivocado, de los políticos, de los hombres de letras, de los financistas y de los militares, que tan decisivo rol desempeñan todavía en la organización, aunque estaría mejor dicho desorganización de la vida colectiva.

Quienes pretendan dictar leyes verdaderamente humanas deben conocer, ante todo, el sujeto de la legislación, el factor hombre, en su amplio y completo significado biológico, con todas sus necesidades, aspiraciones, virtudes y defectos.

Los deberes y los derechos reconocidos por las leyes escritas no deben ser sino fórmulas o expresiones fieles de las leyes immanentes de la naturaleza, que son las que gobiernan las necesidades fisiológicas del individuo y de la colectividad.

¿Cómo es admisible, por ejemplo, que se pueda legislar acertadamente sobre educación, sobre prevención y represión del delito, sobre trabajo de los obreros, de las mujeres y de los niños, sobre protección a la infancia y a la maternidad, sobre profilaxia anti-alcohólica, anti-venérea, etc., desconociendo los factores principales, los factores biológicos de estos problemas? ¿Qué frutos puede dar una pretendida organización que carezca de su base natural y lógica?

A la vista están en todos los campos de la actividad humana. La falta de verdad y de justicia en las relaciones sociales; la desorganización educacional; el parasitismo político; el estado providencia con que sueña la mayoría; la plaga, cada vez más extendida, del alcoh-

lismo y de todas las intoxicaciones que degeneran nuestro ser, principalmente del juego — esa irremediable *intoxicación de la voluntad* — bajo sus múltiples formas más o menos hipócrita y hasta oficialmente disfrazadas; la generalización de las huelgas; y, en una palabra, esta beligerancia despiadada, esta guerra mundial en que se debaten todos los humanos, que nacieron para comprenderse y para amarse, ¿serían posibles en una sociedad organizada de acuerdo con las leyes naturales, que son siempre leyes de salud, de equilibrio, de armonía y de progreso?

Eidentemente, nó.

Causas y efectos de la mala organización social moderna.

Cabe, entonces, preguntar: ¿a qué se debe la persistencia y agravación de los males que nos afligen?

A una sola causa fundamental: a que desconocemos las leyes de nuestra evolución biológica; a que *nos ignoramos a nosotros mismos*; y a que, como resultado de esta ignorancia, nos hemos ido apartando cada vez más del recto sendero de la salud integral, único que conduce a la verdadera felicidad, extraviándonos en tortuosos caminos que sólo llevan a la degeneración, a la miseria y a las enfermedades.

Y es así cómo, paulatina e inconscientemente, nos hemos ido creando una existencia en gran parte artificial. Porque son artificiales o están viciadas nuestras relaciones con el mundo externo: desde los alimentos y bebidas con que la industria inescrupulosa, muchas veces en com-

plicidad con el estado, intoxica nuestros cuerpos; y desde la falsa cultura intelectual y moral, hecha a base de nociones vagas, incompletas y deformadas de la verdad y del bien, con que una educación desequilibrada envenena nuestras almas, hasta los pretendidos y absurdos remedios a que apelamos cuando la continua transgresión de los sabios preceptos de la naturaleza ha alterado con carácter irremediable nuestra aparente salud.

Porque la verdad, la gran verdad que conviene proclamar aquí es que la Higiene, la Medicina y la Sociología modernas, hablo en tesis general, por supuesto —en lugar de hacer obra higiénica, preventiva, enseñando a los individuos y a las colectividades las leyes de la vida sana, se limitan al tratamiento empírico de las enfermedades; y esto sólo en sus etapas terminales, en sus últimas consecuencias, en sus resultados objetivos, que no son sino derivaciones de procesos graves y de evolución lenta, que debieron y pudieron evitarse, pero que, cuando menos, debieron y pudieron ser combatidos en sus orígenes.

La medicina sintomática **resulta contraproducente.**

La terapéutica sintomática, superficial, localista, con la que en vano se procura atacar y destruir los males en el individuo o en la sociedad, es anticientífica, absurda, y, a la larga, contraproducente.

Hay error, y de las más funestas consecuencias, en confundir los síntomas con la enfermedad que los provoca. Los síntomas de una enfermedad no constituye la

enfermedad misma, sino, simplemente, manifestaciones reaccionales del organismo contra los agentes que perturban su equilibrio.

Por lo tanto, ¿qué fin útil se persigue combatiendo síntomas, sí, al mismo tiempo, no se combaten y destruyen las causas que los originan?

Sin embargo, es lo que ocurre en la práctica, por más que repugne a la ciencia y al buen sentido. Víctimas de gravísima miopía terapéutica, no sabiendo remontarnos de los fenómenos a sus motivos, de los síntomas a las enfermedades, juzgamos cumplir nuestra misión con simples tratamientos sintomáticos, sin fijarnos en que mientras descansamos en una seguridad ilusoria, las enfermedades continúan minando silenciosamente el organismo de sus víctimas.

¡No! En lugar de combatir irreflexivamente las meras exteriorizaciones de los desequilibrios fisiológicos, o sean los síntomas, que son los gritos de protesta de la naturaleza violada, debemos escuchar e interpretar estos gritos, porque ellos nos indican dónde está el mal y cómo debemos atacarlo.

Así como resultaría absurdo el acto del minero que apagara las lámparas para orientarse mejor en las tinieblas, ha de resultar igualmente absurdo el sistema de quienes para curar nuestros males individuales o sociales imitan a ese minero loco, es decir, apagan los síntomas, que constituyen las únicas luces que pueden guiarnos en el difícil camino de la terapéutica.

Así como en el individuo no es posible curar radicalmente una infección — la tuberculosis por ejemplo — limitándose a dominar la fiebre sintomática por medio de antitérmicos, que en vez de destruir los elementos causales infecciosos, rebajan las resistencias naturales del organismo, favoreciendo más bien la acción microbiana; y así como tampoco es posible pretender curar radicalmente a los dispépticos y a los neurasténicos — que for-

man legiones en los tiempos actuales — limitándose a prescribirles la gama de los mal titulados específicos, que momentáneamente ayuden su digestión, y calmen, o, mejor dicho, oculten su fatiga y su desequilibrio nervioso, dejando subsistir las causas profundas de tales trastornos, las condiciones antihigiénicas que los provocaron y que los mantendrán a despecho de todas las falsas panaceas de la industria farmacológica; de igual manera y por iguales motivos, resulta absurdo y contraproducente limitarse a combatir las manifestaciones o síntomas de nuestras graves enfermedades sociales — la miseria, el alcoholismo, el juego, el crimen, la guerra, etc., — por medio de simples tratamientos sintomáticos — los asilos, las cárceles, las instituciones de beneficencia, los códigos y los ejércitos, — otros tantos titulados específicos, cuya ineficacia está demostrada ampliamente por toda la historia de la humanidad, dejando subsistentes y reagravadas las causas de esas enfermedades: la ignorancia, los privilegios, las injusticias legales, y, principalmente, esa causa matriz de todas nuestras desdichas, la ceguedad de las almas, que ha oscurecido la visión e impide el cumplimiento de los altos ideales de confraternidad y de amor proclamados y vividos por Jesús, y que si es verdad que también proclama la civilización moderna, bautizada cristiana, no ha logrado aún encarnarlos y vivirlos en todos sus hijos.

Crisis de la civilización actual

La brillante civilización materialista de que tanto nos enorgullecemos está pues muy enferma. Enferma del cuerpo, y, sobre todo, enferma del alma. Sus blasones de progreso son en gran parte falsos, porque el progreso, el verdadero progreso humano, por definición, debería

hacernos más felices, y hoy ocurre precisamente lo contrario. Individual y colectivamente, ¿no sufre el hombre hoy más que nunca? ¿Cuándo se derramó en el mundo más sangre de hermanos? ¿Cuándo existió mayor número de viudas y de huérfanos? ¿En qué tiempo de nuestra historia fuimos víctimas con la intensidad que en el presente de las desigualdades sociales, del descontento y de la anarquía general, de esta lucha destructora, ofensiva y defensiva, cruenta a veces, pero latente o solapada siempre, en que consumimos negativamente nuestras mejores energías bajo un cielo oscurecido por el eclipse de la Fe y del Amor?

Viciada desde la cuna nuestra educación; olvidadas o transgredidas las leyes que presiden nuestro desarrollo evolutivo; abusando siempre de nuestra libertad y de nuestra facultad de adaptación, que nos permiten, dentro de límites muy amplios, una existencia al margen de la naturaleza, hemos llegado a romper los moldes de la tolerancia, formando una generación de hombres casi artificiales, materialistas, intoxicados, aburridos, con la marca de todos los estigmas degenerativos en el cuerpo y en el alma.

Ecce homo. Ese es el hombre actual, salvo, por supuesto, un mínimo porcentaje de excepciones. Imitando al Cristo redentor, pero sin querer imitarlo, sin la visión celestial que ennobleció su sacrificio, el hombre contemporáneo está también crucificado. Y es inútil que se pretenda salvarle sino se arrancan los clavos que laceran su cuerpo. No hay ciencia capaz de curar una herida estando el clavo dentro.

Y el tiempo urge, pues como dice el doctor Veressaieff, “la vida moderna arrastra rápidamente a la hu-

manidad hacia un abismo insondable. El ideal del perfeccionamiento y de la organización social, de acuerdo con las leyes de la armonía y de la solidaridad, corre gran riesgo de no ser realizado a consecuencia de la degeneración humana. Si ésta continuara, se impondría una organización centralista, feudal y comercial — de la que no estamos lejos — en la que el pueblo representaría el triste papel de los ilotas espartanos.”

Seamos optimistas por sentimiento y por convicción científica.

Pero no perdamos la fe en el porvenir. La humanidad no puede perecer. Sus energías renovadoras son inagotables. En su ascensión dolorosa en pos de sus ideales, puede sufrir desfallecimientos y hasta caídas, como las sufrió el Hijo de Dios en el camino del Calvario, pero, como El, se levantará siempre.

Todo ocaso es la promesa de una aurora! No veis que tras el ocaso de las civilizaciones orientales y disipando el humo del combate fratricida, se levante esplendente en el purísimo cielo de América el sol que ha de guiarnos a la conquista de nuestros altos destinos!

Seamos, pues, resueltamente optimistas. Seámoslo no sólo por sentimiento, por esta aspiración innata hacia el bien y hacia el progreso que todos llevamos en el corazón, sino también por razonamiento, por convicción científica. Muy hondas y muy grandes son sin duda nuestras presentes tribulaciones; pero tan seguro como a la noche sigue el día, el reflujo al flujo, la reacción a la acción, conforme al ritmo incesante y necesario de la naturaleza,

el mismo exceso del mal, que siempre es transitorio y educador, nos traerá pronto su remedio, devolviéndonos, acrecentados, los bienes que ereímos perdidos.

No olvidemos que la ley suprema del universo es la ley de atracción.

Que ella gobierna tanto al mundo físico como al mundo orgánico.

Y que, sobre todo, en la especie humana se cumple también.

No importa que las contingencias y aparentes contradicciones del complejo proceso evolutivo aleje momentáneamente a unos hombres de otros hombres y a unos pueblos de otros pueblos.

Porque así como en el sistema planetario, y a pesar de las leyes de gravitación, o, mejor dicho, en cumplimiento de ellas mismas, los astros no se juntan nunca, sino más bien se aproximan o se distancian, siguiendo sus órbitas propias, lo que es indispensable para su recíproco equilibrio; de la misma manera, en la vida de la humanidad, ningún fenómeno, por rebelde que parezca, puede substraerse a esa ley soberana de atracción, de equilibrio, de armonía y de amor universal.

Así como en el individuo ningún órgano, ninguna célula, por modesta que sea su categoría, es independiente de las demás, sino que, por el contrario, todos los órganos y todas las células que los forman se encuentran íntimamente vinculados, de donde resulta, tratándose del hombre, su unidad y su individualidad, que se manifiesta desde las funciones inferiores o vegetativas, hasta las elevadas funciones de la conciencia, del pensamiento y de la voluntad; de igual modo, en la humanidad considerada como entidad colectiva, los órganos, que son las naciones,

y las células, que son los hombres, están sometidos a la gran ley de atracción, de colaboración y armonía funcional, que establece y mantiene entre las partes la solidaridad indispensable para la vida del conjunto.

Pero, es necesario tener siempre presente que a esta unidad sólo se puede llegar por un largo y complejo proceso de coordinaciones y perfeccionamientos sucesivos, que, por lo que respecta al hombre, comprenden no solamente los vínculos anatómicos y fisiológicos comunes a los animales más diferenciados, sino, y principalmente, asociaciones de un carácter mucho más elevado, psíquicas y morales, distintivas de su jerarquía superior, que en labor continuada, siempre progresiva, relacionan y armonizan las ideas y los sentimientos de los individuos para formar las almas de los pueblos, de las nacionalidades y de las razas, cuya fusión en el porvenir, mediante la continuidad y el perfeccionamiento de ese proceso de unificación, formará la gran alma específica de la humanidad, indisolublemente vinculada por el Ideal y por el Amor.

II

Misión providencial de la

Cruz Roja.

Pero, mientras tanto, en los días de prueba en que vivimos, es un imperativo categórico para los hombres y las instituciones conscientes de sus deberes y responsabilidades, colaborar activamente en esta obra de acercamiento y de confraternidad.

He allí la nobilísima y trascendental misión que viene a cumplir la Cruz Roja, cuyo asombroso incremento en

los últimos años demuestra elocuentemente que no obstante la grito angustiosa de los pesimistas, la familia humana, por reacción natural contra los graves males que la afligen y la amenazan, intensifica hoy su proceso de integración y perfeccionamiento en forma que no tiene antecedentes en la historia.

Por su gran fuerza moral, emanada de su espíritu cristiano e internacionalista, así como por sus medios poderosos de acción, que le permiten desarrollar con eficacia en el hogar, en la escuela y en la sociedad una labor bienhechora, la Cruz Roja está llamada a desempeñar en los tiempos actuales y futuros una misión verdaderamente providencial.

Pero, a fin de que esta misión obtenga los resultados inmediatos y mediatos que de ella puede esperarse, es necesario comenzar por elegir cuidadosamente los materiales con que ha de reedificarse el derrumbado edificio de nuestra organización social. Hay que modificar los viejos planos y las viejas orientaciones. Y, sobre todo, hay que asentar bien, en terreno firme, los cimientos de la nueva construcción.

La experiencia histórica ha
demostrado que es mas efi-
caz prevenir que curar.

Para que la Cruz Roja corresponda a las necesidades de los tiempos actuales no es suficiente que continúe como hasta hace poco, consagrando casi todas sus actividades a las obras de misericordia. Es muy noble sin duda dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, asilar al huérfano, asistir al enfermo y vendar al herido en los campos

de batalla; pero es más noble y sobre todo mucho más útil al individuo y a la sociedad entera evitar el hambre, la enfermedad y la guerra.

¿Y cómo lograr estas finalidades?

Pues, sencillamente, otorgando a la higiene preventiva, considerada en su amplio concepto de ciencia encargada de estudiar, formular y aplicar los preceptos para la conservación y el mejoramiento de la salud, el rol primordial que le corresponde en la solución de los problemas sociales.

Lo cual no significa por cierto, e insisto en consignarlo claramente, que la tesis que defendiendo abogue por que se limiten o abandonen las medidas de carácter estrictamente médico o curativo. Al contrario, como ya lo dije, estimo que la Higiene y la Medicina bien comprendidas no son dos ciencias independientes y antagónicas, sino dos ciencias complementarias, que se unifican en su sujeto y en su acción. Lo único que reitero, y quiero hacerlo con insistencia, porque estimo que es el nudo del problema, es que urge invertir los términos o las orientaciones actuales de la Medicina y de la Sociología, dedicando atención preferente a las obras de carácter preventivo, higiénicas, así como al tratamiento causal de los males que nos afligen, sin abandonar por esto las obras de índole correctiva o curativa, indispensables todavía, pero cuyo valor es relativamente secundario y que se irán haciendo menos necesarias a medida que las primeras se desarrollen, pues no siendo las enfermedades, como no lo es la miseria, los vicios ni los crímenes, males inevitables, como equivocadamente juzga la generalidad, sino al contrario, males perfecta y hasta me avanzo a decir fácilmente evitables, es lógico esperar que cuando el hombre aprenda, pero aprenda bien, la manera de evitarlos, los evitará.

He allí, el nuevo campo de acción que la Cruz Roja debe laborar. No es un campo llano ni pequeño por cierto. Al contrario, es un campo muy quebrado, está cubierto de malezas y sus horizontes son casi ilimitados. Su preparación y su siembra han de resultar por consiguiente muy difíciles y costosos. Pero, no importa, pues brindará abundante y buena cosecha, la cosecha prometida en el evangelio, de ciento por uno.

Comprobada como está por la experiencia histórica la ineficacia de los tratamientos intermitentes y paliativos o sintomáticos para combatir y curar las enfermedades individuales y sociales, y comprobada igualmente por la experiencia histórica la gran eficacia de los tratamientos preventivos y causales, se impone que la Cruz Roja modifique sus orientaciones consagrando su labor principal y permanente a las obras preventivas, únicas capaces, repito, de extirpar las raíces de los sufrimientos humanos.

Nuevas orientaciones de la

Cruz Roja.

Así lo han comprendido, felizmente, los hombres de buena voluntad que actualmente rigen los destinos de la Cruz Roja. El amplio y bien articulado programa de acción constructiva que trazara en 1919 la Liga de sociedades de la Cruz Roja, lo demuestra elocuentemente. La propaganda de la higiene por medio de cursos de vulgarización en las escuelas, en los centros obreros, en el ejército y la marina, en las sociedades de socorros mutuos, etc., que permitirán extender a todas las clases sociales, especialmente a las más numerosas, el conocimiento de las leyes de la vida sana; la creación o el

fomento de los Centros de Sanidad, tan rápidamente difundidos en los Estados Unidos de Norte América, que permiten coordinar la acción profiláctica de los diferentes organismos, ya sean o no dependientes de la Cruz Roja, pero que coinciden con ella en sus propósitos de prevenir la morbosidad y la mortalidad infantil, el alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, etc.; el establecimiento de escuelas de enfermeras visitadoras, que hagan en los hogares una enseñanza objetiva, práctica, de la higiene, especialmente de la puericultura, cuyo desconocimiento por las madres tantas vidas agosta en flor; y, sobre todo, esa organización admirable, la Cruz Roja de la Juventud, destinada, como augura el doctor René Sand, a “cambiar la faz del mundo” mediante el cultivo en las nuevas generaciones de los ideales de salud integral, de paz, de justicia y de confraternidad, comprueban que la Cruz Roja, evolucionando conforme a las necesidades de los tiempos, tiene plena conciencia de su elevada misión histórica y dispone de los medios de cumplirla.

Ni mi modesta preparación en la materia, ni la extensión de ésta, ni el escaso tiempo de que he dispuesto para tratarla, me permiten analizar todo el vastísimo programa de las obras de carácter preventivo exigidas por la situación mundial y en las que la Cruz Roja puede colaborar eficientemente.

Educación es el mejor preventivo de las enfermedades individuales y sociales.

Sin embargo, aunque muy someras, deseo hacer algunas consideraciones sobre un capítulo, que estimo fundamental, de ese programa. Me refiero al gran problema educativo, cuya acertada solución es indudablemente la base

de las reformas sociales, la verdadera panacea, preventiva y curativa a la vez, de todas las enfermedades de la humanidad.

El hombre es lo que el hogar y la escuela hacen de él. Si su educación es bien orientada, fisiológica, integral, capaz de desarrollar armónicamente todas sus facultades, físicas, intelectuales y morales, constituirá un factor sano en el amplio sentido del concepto, garantía del bienestar y del progreso individual y colectivo; pero si, en cambio, su educación es insuficiente, inarmónica, antifisiológica, viciada por el ambiente, por los malos ejemplos y por los malos hábitos, constituirá un factor peligroso, retrógrado, enemigo de sí mismo y de la sociedad.

En otras ocasiones (1) he tenido oportunidad de señalar las deficiencias de que adolecen los métodos educativos modernos, los funestos resultados que de tales deficiencias se derivan, y, sobre todo, para ser práctico, la forma de corregirlos.

En obsequio a la importancia básica de la cuestión desde el punto de vista que motiva este trabajo, voy a permitirme sintentizar las ideas expuestas en aquellas ocasiones.

III

Los sistemas educativos actuales son antibiológicos.

Hay que reconocer, desde luego, que los sistemas educativos actuales dedican su atención casi exclusivamente a la cultura intelectual intensiva, no sólo con preeminencia, sino — lo que es mucho más grave — a expensas del desarrollo de las facultades físicas y morales, come-

(1) Conferencias sobre Educación en los Congresos Panamericanos del Niño (1916 y 1919) y en la Asociación Cristiana de Señoritas (1923).

tiendo así un verdadero atentado contra las leyes biológicas, sobre todo contra esa ley suprema de armonía o de sinergia funcional que gobierna la vida de todos los seres organizados.

Exagerando la personalidad humana, la educación moderna cree que las funciones psíquicas, por ser conscientes, están fuera de esa ley.

¡Como si el cerebro, órgano del pensamiento, pudiera vivir un instante sin la sangre que le envía el corazón, le prepara el aparato digestivo y le oxigenan los pulmones!

¡Como si fuera posible independizar los fenómenos de la vida física, intelectual y moral, que se encuentran armónica e indisolublemente vinculados por la naturaleza!

Concepto greco-romano de **la educación.**

Es oportuno recordar a este respecto que las civilizaciones antiguas, especialmente la greco-romana, no obstante su caudal inferior de conocimientos científicos, tuvieron un concepto más justo y equilibrado del hombre. No hicieron falta a los pueblos de esas épocas los minuciosos estudios antropológicos, anatómicos y fisiopatológicos que hoy tenemos realizados, para darse cuenta exacta de que la trinidad de sus facultades, físicas, intelectuales y morales, lejos de destruir la unidad de la personalidad humana, constituye la síntesis más acabada e indisoluble a que ha podido llegar la vida después de su lentísima y laboriosa evolución a través de las edades.

Cultores de la belleza y de la fuerza corporal, al mismo tiempo que de las elevadas funciones psíquicas, como lo

demuestran sus obras inmortales en el campo de la ciencia y del arte, esos pueblos supieron imprimir a la educación orientaciones naturales y equilibradas, conforme a las leyes inmutables que gobiernan el desarrollo de todos los seres biológicos. Y es así cómo lograron formar una raza varonil, sana y fuerte de alma y cuerpo, intrépida, dominadora, que en el transecurso de pocos siglos ungió al mundo a su carro de victoria.

Funestas consecuencias de
la educación actual para el
individuo, la familia y la
sociedad.

En cambio, el criterio restringido, y, por lo mismo, antinatural y anticientífico, de los métodos educativos modernos nos ha conducido a las más deplorables consecuencias, que no sufre únicamente el individuo, sino que trascienden a la familia y a la sociedad entera.

Lógicamente no se podían esperar otros resultados.

¿De qué sirve cultivar la inteligencia, si falta un corazón sano que la inspire y un músculo poderoso capaz de transformar el pensamiento en acción?

Lanzar a la difícil lucha por la vida hombres que carecen de fortaleza física y de voluntad — que es la fortaleza verdadera del alma — aunque posean una amplia instrucción libresca, ¿no es fomentar el parasitismo social, y la peor de las sensualidades, la sensualidad de los impotentes?

¿Qué han logrado para la felicidad humana estas últimas generaciones de intelectuales desequilibrados, ra-

quíticos y abúlicos, afeminados de cuerpo y pervertidos de alma?

¡No! Como las flores y como los frutos, el hombre es la obra plástica de la naturaleza, y no puede impunemente violar sus leyes.

La salud y el vigor del cuerpo deben merecer cuando menos tanto interés como la cultura intelectual. Nutrir el cerebro de ideas a costa de la sangre y de la fuerza de los músculos, es un verdadero atentado contra el niño de hoy y el hombre de mañana; es romper la indispensable armonía entre el ser físico y el ser intelectual y moral, armonía que constituye la ley, la salvaguardia y la necesidad suprema de la vida.

Bueno es tener hombres ilustrados, pero es mejor tenerlos sanos y fuertes de cuerpo y de espíritu. Porque la salud del cuerpo, y aún la salud moral, que es la que mejor valoriza la utilidad del factor humano, se pueden conciliar muy bien con la ignorancia; pero la ilustración, por grande que sea, difícilmente resulta provechosa para el individuo y para la sociedad cuando reside en una naturaleza débil, enferma, e incapaz, por lo mismo, de transformar las ideas en actos viriles y generosos. La debilidad física conduce inevitablemente a la debilidad moral. Ya lo dijo Rousseau: “Si el cuerpo es débil, manda; si es fuerte, obedece. Un buen servidor debe ser robusto. Todas las pasiones sensuales se alojan en cuerpos afeminados, que vibran y se irritan en la medida de su impotencia para satisfacerlas.”

Bases biológicas de la educación.

He descrito, brevemente, los errores fundamentales del sistema educativo actual, así como las funestas consecuencias que de ellos se derivan. Tócame, ahora, indicar cuáles son sus remedios, que se condensan, como

ya he anticipado, en uno solo: dar a la educación bases biológicas.

A fin de determinar estas bases, recordemos ante todo que las grandes leyes que rigen la conservación y la transformación de las fuerzas físicas se aplican a todos los estados de la materia, ya sea inorgánica u organizada.

El aire, la luz, el calor, el movimiento, la electricidad, es decir, las variadas manifestaciones de la energía física — que es una, como es una la materia — son indispensables para la vida y la salud de la universalidad de los seres.

La energía física es, pues, el dinamóforo natural de todo lo que vive, y su acción es tan necesaria, que si dejara de ejercitarse un solo momento, la existencia de todo ser organizado quedaría suprimida instantáneamente.

Ahora bien: si la fuerza y la materia no pueden ser creadas ni destruidas, pueden transformarse; y *el organismo humano es el más perfecto y admirable transformador de energía que se puede concebir.*

Nuestras células vivas transforman la energía que reciben del exterior para adaptarla a las diferentes necesidades fisiológicas.

Además — hecho que conviene retener — su energía nutritiva, y, por ende, de la federación de células que constituye nuestro organismo, es directamente proporcional al potencial luminoso, término, eléctrico, etc., del medio ambiente.

Sintetizando estas relaciones orgánicas con el medio físico que nos rodea, puede establecerse:

1.º *Que la energía vital, cualesquiera sean sus manifestaciones, está condicionada y es proporcional a*

la energía física que el organismo absorbe, elabora y transforma;

2.º Que no se pueden independizar los fenómenos de la vida física, intelectual y moral, cuya dependencia recíproca asegura la ley de sinergia funcional y se revela por la unidad del yo;

3.º Que, por consiguiente, el desarrollo de todas las funciones, vegetativas y de relación, debe ser armónico y paralelo; y,

4.º Por último, que estimular el desarrollo de unas funciones, con olvido o detrimento de otras — falta en que, como indiqué ya, incurre la educación moderna — es provocar un desequilibrio fisiológico de las más graves consecuencias.

Definidas así las bases biológicas de la educación, corresponsándeme indicar, siquiera sea brevemente, sus aplicaciones en las diversas disciplinas educadoras, lo que haré comenzando por las que se refieren a la educación física para terminar por las que respectan a la educación intelectual y moral.

Educación física.

La generalidad de los educacionistas modernos tienen un concepto muy limitado de la educación física, pues la confunden o la restringen a los ejercicios neuro-musculares, que, si bien muy importantes, no constituyen su único programa. La educación física comprendida en su verdadera y amplia significación tiene por finalidad vigilar y estimular en el niño el desarrollo normal de todas las funciones orgánicas. Es para el cuerpo lo que la educación intelectual y moral para el espíritu.

Educación del aparato neuro- muscular.

Voy a ocuparme, ante todo, de la educación del aparato neuro-muscular, por dos razones: la primera, porque la conceptúo como el factor más importante de la cultura física en general; y, la segunda, por ser, como he indicado, la única que ha adquirido derecho de ciudadanía en la escuela moderna.

Desde luego, conviene a este respecto deslindar posiciones y precisar términos.

Bajo la denominación genérica y hasta cierto punto pomposa de ejercicios físicos figura en los programas oficiales un curso modesto, más o menos rutinario, de gimnasia escolar, al que no se concede ordinariamente el alto valor educativo que en realidad tiene, como lo prueba el hecho de acordarle un horario restringidísimo, dentro del cual no puede lograrse nada provechoso.

En buena cuenta se trata de una clase formulista, decorativa, que sólo sirve para lucirla en las fiestas anuales, cuando los alumnos, formados en cuadro, ejecutan a la voz de mando unos cuantos movimientos de flexibilidad. Esto no es educación física ni cosa que se le parezca.

Para formarse una idea de la gran importancia pedagógica de los ejercicios neuro-musculares, es necesario estudiar su acción directa sobre los músculos mismos, agentes activos del movimiento, y, al mismo tiempo, su poderosa acción refleja, su resonancia benéfica general sobre todas las funciones orgánicas. Este es, en efecto, el secreto de su virtud, de la que no gozan los demás apa-

ratos: provocar, por medio de asociaciones funcionales, la participación de toda la economía.

Hablo de trabajo neuro-muscular y no simplemente muscular, como se dice generalmente, porque el músculo y su elemento nervioso (célula motriz con sus prolongaciones) tienen una solidaridad completa, anatómica, fisiológica, y aún patológica. Algo más; la fibra muscular debe considerarse como una expansión de la neurona motriz, lo que, lógicamente, conduce a proclamar el ejercicio de los músculos como una función exclusivamente nerviosa.

Esta es una noción fundamental desde el punto de vista pedagógico, que explica la influencia educativa de los ejercicios físicos no sólo en lo que se refiere al desarrollo de los órganos de la vida animal, sino, principalmente, sobre las altas funciones intelectuales y morales. *El ejercicio es, pues, un medio de educación integral en toda la extensión de la palabra; educa el músculo, y educa, también, la voluntad y el pensamiento.*

La experimentación fisiológica se ha encargado de probar estas afirmaciones estudiando los efectos del trabajo neuro-muscular sobre las diferentes funciones orgánicas. De esta manera se ha demostrado que la capacidad respiratoria aumenta considerablemente; que la circulación sanguínea se acelera y el tono cardíaco es más fuerte, de tal manera que todos los tejidos quedan mejor irrigados; que el número de glóbulos rojos y su tenor en hemoglobina se incrementan; que los actos digestivos se cumplen con mayor actividad; y, por último, que tanto los fenómenos de asimilación como los de desasimilación se realizan en las condiciones de equilibrio, regularidad y energía propias del estado de salud perfecta.

Igualmente ha demostrado la fisiología experimental que el trabajo muscular activa el funcionamiento del cerebro. Con razón dijo alguien: “Pensamos con nuestros músculos”. Muchos creen, erróneamente, que para la producción intelectual es necesaria la quietud del bufete, sin reparar en que el trabajo cerebral, como el de casi todos los órganos internos, adultera la sangre cargándola de productos tóxicos, que lejos de estimular la función la deprime hasta llegar a inhibirla, salvo, por supuesto, que oportunamente se provoque la eliminación de dichos productos, para lo cual nada es más eficaz que el ejercicio neuro-muscular, medio desintoxicante y purificador por excelencia.

Educación del aparato digestivo.

El buen régimen alimenticio es de importancia esencial para la nutrición y la salud general del organismo. Es indispensable conocer y aplicar en los niños las condiciones internas y externas de una buena digestión: cómo debe elegirse y prepararse los alimentos; a qué horas deben comerse; la importancia de la masticación y de la insalivación, etc.

Debe ponerse especial atención en los cuidados de la boca, a los que generalmente no se atiende debidamente en los niños, sin reparar en las consecuencias graves que esta negligencia tendrá en el porvenir del aparato dentario y del organismo entero.

También se necesita conocer la influencia de los ejercicios físicos sobre la digestión, pues la ignorancia sobre

esta materia origina muy serios trastornos cuando se permiten juegos violentos durante el primer período de la digestión gástrica.

No menor importancia tiene la determinación de la ración alimenticia según la edad del niño, la estación, las condiciones especiales de salud, etc.

Educación del aparato respiratorio.

A nadie se oculta la gran importancia que en todos los períodos de la vida, sobre todo en la infancia, tiene la función respiratoria, encargada de vivificar la sangre proveyéndola del oxígeno necesario para las combustiones íntimas del organismo.

Desde este punto de vista el educador necesita saber, y, sobre todo, saber aplicar, muchas cosas: Cuál es el papel de la respiración en la economía. Cuál es la capacidad respiratoria que corresponde a un niño según la edad. Medios de aumentarla cuando es deficiente. Gimnasia respiratoria. Peligro gravísimo del aire impuro. Cubicación de las aulas y demás dependencias de la escuela. Influencia de la digestión, de la circulación, del trabajo muscular, del vestido, de la posición del cuerpo (sobre todo en clase). Cómo se debe respirar. Importancia del canto. Si es o no higiénico asociarlo a los ejercicios gimnásticos. Peligros del corsé.

Educación del aparato circulatorio

Sería preciso estudiar aquí el rol fisiológico de la circulación sobre toda la economía; sus relaciones con las grandes funciones orgánicas, en especial con la digestión y la respiración; la influencia del ejercicio, del trabajo cerebral, del vestido, de la posición del cuerpo,

de la temperatura ambiente, etc.; los peligros de la fatiga sobre el corazón; la acción del trabajo cerebral y de las emociones sobre este mismo órgano.

Se comprende la gran importancia que la educación del aparato circulatorio tiene para el desarrollo normal del niño recordando que la sangre es una verdadera corriente de vida, que lleva a todos los órganos y a todas las células, hasta las profundidades de la economía, los elementos necesarios para su nutrición y funcionamiento; estando encargada, al mismo tiempo, de recoger los productos de desasimilación originados por el trabajo de las células para que sean eliminados al exterior por los emunctorios de la depuración fisiológica.

Educación de las funciones

de desasimilación.

Tratándose de las funciones de desasimilación habría que estudiar los aparatos encargados de desempeñarlas. Aparato urinario; su alta importancia fisiológica; sus relaciones con los demás aparatos orgánicos; sus conexiones con la función sexual. El colon: su función eliminadora de los residuos de la digestión; necesidad y facilidad de reglamentarla; peligros de la constipación. La piel: sus múltiples funciones; papel del sudor como depurativo y regulador del calor interno; influencia del vestido, de las estaciones, del ejercicio; importancia de la piel como órgano de absorción; acción sobre ella del aire, de la luz y del sol; valor higiénico del baño de aire, de luz, de sol y de agua; su técnica según la edad, sexo, climas, estaciones, etc.

La simple enumeración de estos capítulos basta para que todos, aún los profanos, se formen una idea de la importancia que para la salud y el desarrollo del niño tienen las funciones de eliminación, que deben ser vigiladas y educadas constantemente si se quieren evitar los gravísimos peligros que entraña siempre la retención de los productos excrementicios; peligros que están en razón inversa de la edad, lo que se explica teniendo en cuenta la mayor actividad nutritiva de los organismos nuevos, en vías de desarrollo, y la mayor susceptibilidad de las células neoformadas.

Educación de los sentidos.

La importancia educativa de los sentidos en el niño es primordial, no sólo desde el punto de vista orgánico, sino, principalmente, desde el punto de vista psíquico. Puede asegurarse que la vida de relación no existiría sin los sentidos. Nada puede reemplazar a las nociones que éstos nos suministran sobre el mundo exterior. Para tener una idea de la luz, hay que verla alguna vez.

Además, debemos considerar que los sentidos son los encargados de recibir y transmitir al cerebro todas las impresiones del ambiente, que constituyen el material indispensable para la formación de las ideas y de los sentimientos, de la vida mental, en una palabra, cuyas orientaciones son, en gran parte, marcadas por ellos.

Ahora bien; nada es más perfectible que los sentidos. Su educación debe ser metódica, progresiva, y, sobre todo, paralela. Insisto en que esta educación debe ser paralela, porque aunque aparentemente los sentidos son cinco, en realidad, desde el punto de vista fisiológico, no existe

sino uno. Es el ejemplo y la prueba más elocuente de la ley de sinergia funcional. Un sentido aislado no nos proporciona sino nociones muy incompletas, inciertas, y, a veces, falsas de las cosas, que deben ser controladas por los demás sentidos para prevenir errores en nuestros juicios.

Por ejemplo, tratándose de la vista, el más perfecto y noble de los sentidos, nadie ignora la frecuencia con que nos engaña, originando falsas interpretaciones, que debemos corregir con datos que nos proporcionan otros sentidos. Estos errores dependen generalmente de que la facultad de acomodación visual no ha sido bien educada; y la culpa, en gran parte, es de la escuela. Manteniendo encerrados a los niños casi todo el día entre las cuatro paredes de las aulas, que limitan su horizonte, con la vista siempre fija en los cuadernos y en los libros, se les hace perder la facultad de acomodar la visión para las grandes distancias. Así se explica la creciente frecuencia de la miopía en los niños, enfermedad que es desconocida entre la gente de campo y de mar, habituada a la visión lejana. ¡Cuántos vicios de refracción ocular no se producen o se reagran por la testarudez de un maestro pedante que impide a sus discípulos acercarse suficientemente al pizarrón!

Podría multiplicar este ejemplo, pero lo juzgo por el momento innecesario. El basta para juzgar la gran importancia pedagógica general que tiene la educación de los sentidos, tan descuidada en la escuela moderna.

No es posible, sin un ejercicio metódico del aparato sensorial que el niño adquiera nociones exactas sobre la naturaleza que lo rodea; y es evidente que careciendo su juicio de informaciones experimentales, precisas y

ponderadas, tendrá que suplir éstas con datos simplemente imaginarios. ¡Y quién se fía de los productos de la imaginación, siempre indisciplinada y a menudo exaltada, sobre todo entre nosotros los latinos!

Educación sexual

Por una especie de acuerdo tácito del hogar, de la escuela, de la iglesia y hasta de la prensa, siempre se elude, o, a lo más, se trata en forma nebulosa y equívoca el gran problema de la educación sexual, de cuya solución *oportuna*, depende, sin embargo, en gran parte, no sólo el porvenir del individuo, sino el de la familia y el de la sociedad.

No hay error de consecuencias más trascendentales en la vida.

Cuando se tratan los grandes problemas de la educación, de la higiene y de la medicina, que comprometen la salud y la existencia misma de nuestros semejantes, sólo hay un lenguaje apropiado: el de la verdad.

Porque la verdad, que es luz, beneficia siempre a todos, aunque los miopes (los miopes de espíritu principalmente) tardan en reconocerlo.

La verdadera cultura, por definición, sólo se adquiere sumando verdades. Y siempre será preferible la ignorancia a la falsa cultura, tan generalizada hoy por desgracia, que se edifica con nociones vagas, incompletas y deformadas de la verdad.

¿Por qué — como pregunta la malograda escritora argentina Raquel Camaña — “no se ahonda con valor, con energía, con amor, la dignificación del instinto se-

xual, único que aún subsiste como en los tiempos primitivos: en estado de barbarie? ¿No hay más pudor en dar, con serenidad y conciencia, su significación e importancia a los fenómenos esenciales de la vida, que en ignorarlos estultamente o en rodearlos de una fantasía misteriosa y malsana? La pureza no estriba en la ignorancia, sino, al contrario, en la verdad de nuestras relaciones con la naturaleza.”

Mientras todos, hombres y mujeres, no aprendan a vivir la vida tal cual debe ser, despojándola de los prejuicios, simulaciones y mentiras convencionales que la pervierten; mientras todos, hombres y mujeres, ignoren que la fisiología sexual, constituye, por su altísima finalidad, una delegación sagrada del poder creador de Dios; y mientras todos, hombres y mujeres, como fruto amargo de esa perversión y de esta ignorancia, continúen sembrando en su sangre y en su médula los gérmenes de las degeneraciones más graves, es imposible lograr la salud integral y el perfeccionamiento de la humanidad.

Obligado por la tiranía del tiempo, me limitaré aquí a indicar que la educación de las funciones sexuales requiere, como el de todas las demás disciplinas educadoras, un proceso gradual, que debe iniciarse en el hogar y completarse en las escuelas y universidades, comprendiendo cursos especiales de Anatomía, Fisiología, Higiene, Patología, etc., en los que se enseñe con la sencillez y la verdad de la ciencia, todo lo referente al desarrollo, cumplimiento y objeto de dichas funciones, así como los peligros que entraña su perversión y que no sólo afectan al individuo sino que comprometen a su descendencia.

Para las mujeres debe agregarse un curso especial de Puericultura, para enseñarles a ser madres—que todas

lo son de potencia ; para que conozcan, no solo por la revelación tardía del instinto, sino por la enseñanza oportuna de la ciencia, la elevada misión que les ha confiado la naturaleza ; y, en fin, para que puedan cumplir con eficacia los grandes deberes que entraña esta misión : deberes para consigo misma, y, sobre todo, deberes para con sus hijos, que son carne de su carne y alma de su alma.

Educación intelectual.

Desde el punto de vista biológico cabría hacer una crítica extensa y bien fundada por cierto de los métodos que actualmente se emplean en la cultura intelectual, la que a pesar de merecer atención preferente, casi exclusiva, de la escuela moderna, — y quizás por eso mismo, — sufre de una verdadera hipertrofia, que contrasta con la atrofia a que está condenada, por ley de compensación, la cultura física y moral.

Pero, aparte de que ya hice notar las gravísimas consecuencias que se derivan de la educación inarmónica, sea por exceso o por defecto en el desarrollo de los factores educativos, no creo necesario detenerme ahora en el análisis minucioso de los métodos, programas, horarios, etc., de la escuela moderna, bastándome denunciar, como su pecado original, que carecen de base fisiológica, y que, por lo tanto, necesitan imperiosamente una reforma radical.

Esta reforma, que desde luego debe ser parte armónica de la reforma general psico-física de la educación, ha de consistir, fundamentalmente, en adaptar las exigencias escolares de la cultura intelectual a las condiciones psicológicas de cada educando. Lo cual significa que dentro

de las normas generales es indispensable individualizar a los niños, a fin de conocer sus coeficientes mentales personales, que son los que deben guiar el difícil proceso de su desarrollo intelectual. Científicamente es absurdo el rígido cartabón en que nuestros programas aprisionan todas las inteligencias, cual si fueran valores iguales, cuando, en realidad, nada es más variable, cuantitativamente, que la capacidad mental.

En consecuencia, y a fin de determinar con precisión las características psicológicas de los niños, es indispensable el examen analítico de éstos, tal como lo proyecté en la Libreta Biográfica Escolar aprobada por el Primer Congreso Panamericano del Niño. De esta manera se llegarían a conocer desde el ingreso a la escuela y se controlarían periódicamente los siguientes datos, sin los cuales, repito, no es posible orientar, desde el punto de vista biológico, la educación intelectual.

Exámen psicológico

A. — Examen sintético: Aspecto externo. Ambulación. Fisonomía. Mímica emotiva. Lenguaje. Pronunciación.

B. — Examen analítico: a) *Atención*. Atención natural. Índice de la voluntad. Poder de concentración. Poder de distribución. Duración. b) *Perceptibilidad*. Percepciones sencillas. Percepciones visivas. Percepciones auditivas. Percepciones olfativas. Percepciones gustativas. Percepciones táctiles. Percepciones musculares. Percepciones complejas del espacio y del tiempo. ¿Existen ilusiones? ¿Existen alucinaciones? c) *Memoria*. Potencia recordatriz en general. Sentido del despertar de las imágenes. ¿Cómo son estos recuerdos? ¿Cómo aparecen? Lo-

calización en el tiempo. Poder retentivo en general. Memoria visual. Memoria acústica. Memoria olfativa. Memoria gustativa. Memoria táctil. Memoria muscular. Poder de generalización. Tipo mnemónico. d) *Imaginación*. Imaginación reproductiva. Imaginación constructiva (fantasía). ¿Hay asociaciones fijas entre las categorías de sensaciones? Imaginación en general. e) *Idealidad*. Capacidad de comparación. Capacidad de asociación. Capacidad de abstracción. Capacidad de juicio. Idealidad en general. f) *Sentimiento*. Humor habitual. Emociones. Expresión de los sentimientos. Comportamiento en general. Comportamiento en el hogar. Comportamiento en la escuela. Afectividad con la familia. Afectividad con los maestros. Afectividad con los compañeros. g) *Voluntad*. Estado de la voluntad en general. ¿Cómo se cumplen las acciones? Poder inhibitorio. Anomalías de la voluntad.

Misión de los médicos escolares en la educación física e intelectual.

De la simple enumeración que antecede y de las consideraciones expuestas al tratar de la educación física, se deduce que sólo el médico, por la índole y la disciplina de sus estudios biológicos, está capacitado para dirigir científicamente la cultura física e intelectual de los niños y obtener de ella todos sus benéficos resultados. ¿Cómo sería posible, v. gr., que un profano de la medicina practique con acierto el examen somático de un niño, que exige no sólo un instrumental delicado, sino larga experiencia en su manejo? ¿Podría darse cuenta del es-

tado funcional del corazón, de los pulmones, de los aparatos digestivo y renal, que es indispensable estudiar en cada caso para orientar la educación física, corrigiendo las anomalías y las deficiencias que pudieran existir, y que, de hecho, existen en la mayoría? ¿Podría, careciendo de estas informaciones, es decir, ignorando la condición estática y dinámica de la delicadísima máquina humana, dirigir en la práctica su funcionamiento? Equivaldría a que un individuo, sin nociones de mecánica, pretendiese accionar, por ejemplo, la complicada maquinaria de un submarino.

Ya he manifestado que un plan educativo científico debe estar basado en el conocimiento individual de cada niño, de sus antecedentes y taras hereditarias, de sus características orgánicas personales (funciones vegetativas y de relación), que marcan al educador, con exactitud casi matemática, el proceso que debe seguir para mantener la sinergia o equilibrio funcional de todo el organismo durante su desarrollo, evitando y corrigiendo cualquier desarmonía o desviación, que malograría, haciéndola hasta contraproducente, la obra educadora.

Ahora bien; este estudio individual de cada niño no se hace en la generalidad de las escuelas sino en forma tan incompleta, que no vale siquiera la pena tomarlo en consideración. Pero debe y puede hacerse, como se practica desde hace algunos años en Estados Unidos de Norte América y en algunos países de Europa (Alemania, Italia) y como lo recomendó el referido Congreso del Niño.

Además, y perdóneseme la insistencia, es indispensable que la educación esté bajo el control directo del médico. Aparte de que sólo a un médico es dable apreciar las características orgánicas y funcionales del niño, de las

que derivan las indicaciones o reglas que deben observarse en el proceso complejo de su educación, es necesario que sea el médico mismo—y un médico especializado en la materia—quien, personalmente, vigile el cumplimiento de las indicaciones motivadas por los exámenes biográficos.

Se dirá que en esta forma el médico se convertirá en director de la educación. Así debe ser, efectivamente. Por mi parte, no he encontrado otra solución del problema. Por vasta que sea la buena voluntad y la cultura del maestro ordinario, jamás podrá adquirir la suma de conocimientos necesarios para formarse un criterio biológico que le permita dirigir el proceso tan complejo de la educación. En cambio, el médico, que a sus estudios generales sobre el organismo humano, agregue los conocimientos de pedagogía, lo que fácilmente podría conseguirse creando en las Facultades de Medicina cursos especiales para los médicos escolares, se encuentra mejor capacitado que nadie para llenar esta delicada misión.

No se me ocultan por cierto todas las objeciones y resistencias que encontrará la reforma que propongo. Se trata, por un lado, de defender los fueros, los prestigios y los intereses de quienes en la actualidad están encargados de dirigir, con el resultado deplorable que contemplamos, la vieja y pesada máquina de la llamada educación, verdadera segadora de hombres en flor; y, de otro lado, se trata, de defender el porvenir, de sentar las bases de la sociedad futura, evitando a nuestros hijos, a los niños de hoy, que serán los hombres de mañana, los grandes males que envenenan nuestra vida.

Pero como para los espíritus libertados no cabe elección entre los egoísmos del presente y los ideales del porvenir, vayamos siempre en pos de esos ideales.

Educación moral

No son las ideas las que dirigen la conducta humana. Son los sentimientos.

Las ideas que no se inspiran en el corazón son luces que brillan pero que no calientan.

Ya lo dijo la Rochefoucauld: “si somos pequeños por nuestras ideas, somos grandes por nuestros sentimientos.”

Por consiguientemente, la educación moral, encargada de despertar y disciplinar en el niño la vida afectiva, debe merecer constante y preferente atención.

Desde el punto de vista ético la influencia del hogar es decisiva para el porvenir de los hombres.

Es, en efecto, en el hogar, en ese rincón querido en el que vimos por primera vez la luz del sol y en el que se meció nuestra cuna al arrullo de una madre cariñosa, como lo son todas las madres, donde está la secreta y verdadera fuente de los sentimientos, buenos o malos, que han de inspirar y dirigir nuestra conducta en el decurso de la vida.

Pero, dentro del hogar, es la madre quien en realidad orienta y decide nuestro porvenir. Es ella, exclusivamente, quien desde el momento de la concepción, nos plasma y nos vivifica con su propia sangre y con su propio espíritu.

Porque en el *hombre completo*, que biológicamente comprende al hombre y a la mujer, ésta representa, por su naturaleza propia, la eterna fuente sentimental, creadora y conservadora a la vez, en la que la inteligencia del hombre debe inspirarse para poder realizar juntos, en amoroso consorcio, los altos destinos de la verdadera *persona humana*, comprendida en su amplísima significación vital.

Los hombres serán siempre lo que las mujeres hagan de ellos.

Por consiguiente, si queremos reformar la educación de los hombres, es necesario, previamente, reformar la de las mujeres.

Necesitamos madres bien educadas, educadas integralmente, que tengan plena conciencia de su divina misión y que estén capacitadas, física y moralmente, para cumplirla.

Porque la verdad, la triste verdad es que, como lo denuncia Trine, “la inmensa mayoría de las madres no están en disposición de cimentar sobre sólidas bases el carácter de sus hijos, porque no recibieron en su infancia y juventud la educación necesaria para el consciente ejercicio de la maternidad, en su trino aspecto físico, mental y moral.”

Preparar, pues, a la mujer para que conozca su nobilísima aunque silenciosa misión en el santuario del hogar, debe ser el capítulo inicial de las reformas educacionales.

Desgraciadamente, para conseguirlo hay que luchar dentro de la red inextricable de conceptos, de métodos, y, sobre todo, de prejuicios, que aprisionan a la mujer, y con ella, a sus hijos, es decir a toda la humanidad.

La liberación de la mujer no se conseguirá simplemente reconociéndole derechos civiles iguales a los del hombre, como pretende un falso movimiento feminista, que solo conseguiría desviarla aún más de la noble misión que como madre, esposa e hija le ha confiado la naturaleza, convirtiéndola en un ser artificial, híbrido, con todos los defectos y sin ninguna de las virtudes de ambos sexos.

¡No! La verdadera liberación tanto para el hombre co-

mo para la mujer solo se conseguirá por el proceso lento y gradual de una educación armónica basada en el conocimiento y aplicación de las leyes biológicas.

Y este proceso—oidlo bien, madres—debéis iniciarlo desde que nacen vuestros hijos; desde ese instante sublime en que, imitando a Dios, arrancáis de vuestras entrañas el fruto del amor que asegurará la perpetuidad de nuestra especie.

Conclusión.

De las consideraciones que anteceden se deduce que la Cruz Roja puede desarrollar en el vastísimo campo de la educación una obra de gran trascendencia para la Humanidad.

Pero no deben ocultarse, sino, al contrario, descubrirse, para poderlos vencer, los obstáculos del camino. La Cruz Roja tiene que luchar infatigablemente contra los prejuicios de unos, los intereses creados de otros, y, sobre todo, la ignorancia de los más.

La Cruz Roja tiene que defender al niño de sus protectores naturales, convertidos hoy, por una verdadera paradoja, cuyas causas he estudiado, en sus peores enemigos.

Tiene que defenderlo, en primer lugar, de las malas madres, que lo son la mayoría, no por perversión de sus instintos, sino por la falta de conocimientos esenciales de puericultura.

Tiene que defenderlo, también, de los malos maestros, que lo son la mayoría, por el estrecho y falso concepto que padecen de su elevada misión.

Y, por último, la Cruz Roja tiene que defender al niño de las malas leyes escritas, que por su oposición a las leyes biológicas, desvían su evolución natural, aprisionándolo y deformándolo dentro de sistemas educativos anticientíficos, inarmónicos, unilaterales, que solo atienden a la educación intelectual—y ésta limitada a la forma libresca y rutinaria,—sin preocuparse del desarrollo de las funciones físicas y morales, que son las que verdaderamente plasman y definen la personalidad humana.

Sería imposible anticipar pautas rígidas sobre la intervención de la Cruz Roja en las reformas educacionales. Pero sí puede asegurarse que por medio de sus diversos y múltiples organismos, cuya admirable flexibilidad permite adaptarlos a las condiciones peculiares de los ambientes en que desenvuelven su acción, la Cruz Roja está armada con las mejores armas para emprender en el Hogar y en la Escuela una campaña victoriosa en defensa de la educación integral.

Naturalmente que en esta campaña la Cruz Roja debería contar como aliados a los poderes públicos, a las instituciones privadas similares, y, sobre todo, a los padre de familia; pero, por el momento, sería ilusorio confiar mucho en la fidelidad de estos aliados. Sin embargo, puede augurarse que dentro de un plazo relativamente breve, a medida que la conciencia general, reaccionando contra los graves males que afligen a la humanidad, se depure de los egoísmos, de los errores y de los prejuicios todavía reinantes, todos secundarán en acción decidida y convergente la obra de la Cruz Roja, que es obra de salud, de paz y de amor.

Voy a terminar invocando la palabra de Jesús.

Dijo el sublime Maestro en el sermón de la Montaña:

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados, pues, los hombres de buena voluntad, que desde todas las latitudes de la tierra han acudido aquí, a la sombra de la enseña bendita del Calvario, no solo para cumplir con las obras de misericordia: consolar al triste, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y curar al enfermo, sino para buscar la paz entre todos nuestros hermanos, iluminando sus inteligencias con la luz de la verdad e inflamando sus corazones con el fuego del amor.

Hagamos los más íntimos votos porque la confraternidad de las Cruces Rojas, afirmada en esta Primera Conferencia Panamericana, sea el feliz augurio de una confraternidad más amplia: de la confraternidad de todos los hombres.

Así sea.

CONCLUSIONES

De los hechos, ideas y sentimientos expuestos se deducen las conclusiones siguientes:

1.^a Que la experiencia histórica en el campo de la Higiene, de la Medicina y de la Sociología ha demostrado la insuficiencia de los tratamientos sintomáticos y la eficacia de los tratamientos causales y preventivos para combatir las enfermedades, ya sea en el individuo o en la sociedad;

2.^a Que, por consiguiente, conforme a estas enseñanzas, la Cruz Roja debe orientar sus actividades hacia las obras de carácter preventivo y causal;

3.^a Que siendo la causa fundamental de los males que actualmente afligen a la humanidad la educación anti-biológica de que han sido víctimas las últimas generaciones, cuya cultura intelectual intensiva se ha fomentado en detrimento de la cultura física y moral, violando así la ley de equilibrio y de sinergia funcional, indispensable a la salud de todos los seres organizados, conviene que la Cruz Roja, dentro de sus nuevas orientaciones, dé la prioridad a las obras educacionales; y

4.^a Que estas obras deben realizarse simultáneamente en el Hogar y en la Escuela, factores básicos y complementarios de la educación, desarrollando un programa biológico integral, único capaz de prevenir a las generaciones futuras de los males que actualmente sufre la humanidad.



PONENCIA

La Primera Conferencia Panamericana de la Cruz Roja, considerando que la experiencia histórica en el campo de la Sociología, de la Higiene y de la Medicina ha demostrado la insuficiencia de los tratamientos sintomáticos e intermitentes para combatir las enfermedades individuales y sociales, recomienda a las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja intensificar su acción preventiva y permanente, sobre todo desde el punto de vista de la educación, en el Hogar y en la Escuela, como el medio más eficaz de extirpar los males que actualmente sufre la humanidad y realizar sus ideales de salud integral, de paz, de progreso y de confraternidad.